

ESTE PERIÓDICO
se publica
LOS DOMINGOS.

PRECIOS
DE LA

SUSCRICION:

UN PESO AL MES EN LA HABANA

y 30 rs. for.

POR TRIMESTRES ADELANTADOS

EN EL INTERIOR

FRANCO DE PORT.



LA REDACCION
y Administracion

RICLA, NUM. 88

A BORDA

DE

DIRIGIRAN

TODAS LAS COMUNICACIONES

y reclamaciones.

EL NUMERO SUELTO SE VENDE

EN LA ADMINISTRACION

A DOS REALES PTES.

EL MORO MUZA.

PERIÓDICO ARTÍSTICO Y LITERARIO,

CARICATURISTA: BAYACETO.

DIRECTOR: J. M. VILLERGA.

CARICATURISTA: LANDALUZE.

ALBUM DE LOS VOLUNTARIOS.

Con el presente número se reparten las láminas 9.ª y 10.ª de dicho Album, iluminadas por distinto procedimiento que las anteriores. EL MORO MUZA, como verá el público, deseoso del acierto, ha procurado complacer á sus favorecedores, dando lo mejor que en materia de iluminaciones se ha podido hacer en la Habana; pero, hablando con la debida franqueza, no está satisfecho de esas obras. En consecuencia de esto, nuestros suscritores tendrán por no recibidas las dos láminas que hoy se reparten ni las que se repartirán en el mes de Marzo próximo; pues esas mismas láminas van á reproducirse en Madrid, para lo cual se mandan por este correo las instrucciones necesarias, y tan pronto como lleguen las nuevas se entregarán á dichos señores suscritores. Así, el objeto con que se reparten las que hay hechas no es otro que el de hacer ver al público que se ha tratado de servirle. Suplicámosle nos dé tiempo para ello y quedará contento, pues siempre hemos sabido llenar nuestros compromisos y cumpliremos el que hemos contraído al ofrecer á nuestros suscritores un buen Album de los Voluntarios de Cuba.

LOS DEFENSORES DE LA INTEGRIDAD NACIONAL.

Deseando dar el mayor interés posible á nuestra publicación, hemos dispuesto hacer una galería de retratos de los valientes militares que en Cuba defienden la integridad de nuestro territorio. En esa galería de retratos cuyos dibujos están encomendados á los populares artistas Cisneros y Landaluze, tendrán cabida todos los militares que mas se han distinguido por sus hechos, cualquiera que sea su graduación y la clase á que pertenezcan. Así, irán sucesivamente apareciendo en lugar preferente, es decir, en la primera plana de nuestro periódico, los de Valmaseda, Puello, Goyeneche, Morales de los Ríos, Fortun, Gonzalez Boet y otros muchos generales, jefes, oficiales y soldados, dignos de ser conocidos por el público que ya admira sus

nombres. Esta interesante galería empezará desde el próximo número, encabezándose naturalmente con el retrato de nuestro dignísimo Capitan General, el Excmo. Sr. D. Antonio Caballero de Rodas.

PELLIZCOS.

Ibrahim Zaragate no se enmienda ni se arrepiente. Se va pareciendo á aquellos carlistas que andan por el Viejo Mundo probando siempre fortuna, sin catarla, por supuesto, y sin andarse por las ramas, como que para ellos solo una rama existe, y es la rama de los Borbones que representan los viejos principios.

Cuidado, que los buenos hombres han recibido golpes horribles; pero ellos, lejos de escarmentar, vuelven á la carga, buscando tiquis-miquis á cada triqui-traque. Se les ha hecho, además, la justísima y prudente observación de que, cuando hay quien combate en cualquiera parte del mundo á la bandera española, es cuestión de patriotismo no crear obstáculos interiores al Gobierno que mantiene la honra de dicha bandera; pero ellos, ¡erre que erre y dale que le darás! Después de la intentona de la Rápita, que llevaron á cabo cuando nuestra nación estaba en guerra con Marruecos, hicieron la del año pasado, sabiendo que habia en Cuba quien con toda clase de armas trataba de humillar el pabellon castellano, y aunque, como era de esperar, fueron batidos en todas partes, parece que ya han vuelto á las andadas, sin importarles un comino el que haya ó no terminado la guerra de Cuba. Esto es aflictivo, por la parte mas corta.

Pues bien: Ibrahim Zaragate se parece mucho á los mencionados carlistas en eso de no enmendarse ni arrepentirse. Desde niño fué dado á la extravagancia, y en ella persevera con un teson mas digno de mejor causa que de mejor suerte, creyendo merecer aquel

elogio de Horacio: *Justum ac tenacem* &c., como si el teson en los buenos propósitos tuviese algo de comun con la pertinacia en los disparates.

Toda la semana han estado llegando á mis oídos quejas tan raras como las siguientes:

—Señor Moro, mire V. que Zaragate me ha pellizcado.

—Señor Moro, mire V. que Zaragate me pellizca.

—Señor Moro, mire V. que Zaragate me ha dado un pellizco.

A todo esto, yo echaba serias reprimendas al testarudo Ibrahim, quien, por toda contestación, seguía pellizcando á sus compañeros, y estos continuaban quejándose amargamente, tras de lo cual, volvía yo á reñir á Zaragate, que insistía en sus pellizcos, dando pie á nuevas quejas, que motivaban otras reconciliaciones, y así sucesivamente.

Pero ayer la broma pasó á mayores. Cansado yo de la tal broma, hice que Zaragate se sentase junto á mí á la hora del almuerzo, y efectivamente, gracias á esta medida dejé de oír las quejas de mis compañeros; solo, que, cuando mas descuidado estaba yo, ¡zas! sentí en la izquierda pantorrilla un pellizco tan atróz como si me lo hubieran dado con unas tenazas.

Esto ya iba pasando de castaño oscuro, y para corregir el mal de una vez, interpele gravemente al pícaro Zaragate, de quien recibí esta chocante respuesta:

—Señor Moro, dispense V., que ha sido una equivocación.

—¿Me gustan tus equivocaciones! le contesté, llevando la mano á la parte dolorida.

—¿Le gustan á V? replicó Ibrahim, pues entonces, haré por equivocarme á menudo.

—¿Calla, bribon! exclamé, ¿no ves que en la manera con que digo que me gustan tus equivocaciones, doy á entender que me disgustan? Por otra parte, ¿qué necesidad tie-

nes de incurrir en tales errores? Vamos á ver, ¿á quién ibas á pellizcar, cuando me pellizcaste?

—Pensaba pellizcarme á mí, cuando le pellizcaba á V.

—¡Pues esa es mas negra! Conque.....

—Sí, señor, interrumpió Zaragate, porque hace muchos dias que me estoy pellizcando para que se verifique un dichoso acontecimiento; tanto, que tengo ya todo el cuerpo lleno de cardenales, y los dolores que experimento son tan agudos, que me hacen perder el tino. Por eso, sin quererlo, le he pellizcado á V. y he pellizcado muchas veces á mis demás camaradas, debiendo advertir que, cuantos pellizcos he dado á todos ustedes, han sido otras tantas equivocaciones.

—Malditos seais tú y tus equivocaciones, gritó yo, llevando aun la mano á la pantorrilla; pues bien podías ver que no te pellizcas tú, cuando no te duele. Bien que, como segun acabas de declararlo, tienes el cuerpo tan maltratado, se comprende que te haga poca impresion un pellizco mas ó menos; pero los que no estamos en el mismo caso, demasiado sentimos tus equivocaciones, y ninguno de nosotros se ha quejado cuando pellizcabas á otro, es decir, ninguna de nuestras quejas ha sido equivocada. Esto supuesto, sepamos cual es el acontecimiento que te interesa en términos de estarte pellizcando tú, y pellizcarnos á todos para que se realice pronto.

—Señor Moro, dijo Ibrahim, ese acontecimiento.....es el golpe de Estado.

—El golpe de Estado! ¿De qué país?

—De España, de Francia, de cualquier país, ó de todos los países á un tiempo.

—¿Pues qué interés tienes tú en esos golpes de Estado que tanto desearas?

—Yo se lo diré á V.: tengo un amigo confitero, y además, estoy resuelto á ir á la Metrópoli á estudiar la declamacion; de modo que si la suerte de un buen amigo y la mia propia no me interesan, venga Dios y véalo.

Francamente, si estrambótico habíame parecido el medio empleado por Ibrahim para apresurar los golpes de Estado, mas me lo pareció el fin que con tales golpes se proponia. Pero hablando se entiende la gente, y pronto Zaragate salió con la pata de gallo de que, siendo, en su opinion, eminentemente conservadores los confiteros, porque hacen *conservas*, y los profesores y alumnos de declamacion, porque van al *conservatorio* de Artes, y oyendo decir todos los dias, ó leyendo en los periódicos artículos destinados á probar que los golpes de Estado son provechosos para las *clases conservadoras*; de ahí que tuviera él tanto deseo de ver realizarse los golpes de Estado que continuamente se anuncian, y que se pellizcara y nos pellizcase por equivocacion á todos para conseguirlo.

¡Ah, desdichado Zaragate! dije yo, al oír tal sarta de desatinos. No; los golpes de Estado no convienen tanto como se cree á las clases conservadoras, ni esas clases son las que tú supones, apoyándote en equívocos que no cuadran á las cosas serias. Bien que, ahora caigo en que muchos hablan diariamente de las clases conservadoras, acerca de las cuales, y de los golpes de estado, tienen ideas tan extravagantes como las tuyas. Has de saber, pobre Zaragate, que el diccionario político actual ha salido de Inglaterra, y que allí no se tiene por conservador al partido que representa el retroceso, sino al que mantiene las conquistas de la civilizacion y la Constitucion del Estado. Anda, si nó, y dile á un conservador inglés que convendría disminuir por un real decreto la influencia legal de las Cámaras, y veras si llevas un pellizco mas fuerte que los que tú propinas, apesar de

que esos no son flojos; pero hay mucho vulgo politiquando en la tierra, querido Zaragate, muchísimo vulgo, y así es que, mientras un conservador inglés perderia cien vidas por defender todos los derechos que le conceden las instituciones nacidas de la Carta Magna, vemos en otros países á muchos ciudadanos...que de buena gana volverian á los tiempos en que un rey absoluto podia decir con verdad, «El Estado soy yo,» y acabarían con los Parlamentos, con los Ayuntamientos de eleccion popular, con la imprenta y hasta con la igualdad ante la ley, creyendo dar así pruebas de ser excelentes *conservadores*. Mira, si no, lo que sucedió en Méjico en 1858. Allí se reunió una Junta de Notables para constituir el país, y de los veinticuatro *conservadores* que la componian, diez y ocho votaron por el restablecimiento de la Inquisicion.

—Sí, dijo Zaragate; pero no es eso lo que hoy apetecen las clases conservadoras que en Francia y en España piden los golpes de Estado.

—Ya, contesté yo; pero como los que dan los golpes de Estado trabajan por su cuenta, y no por la de otros, los conservadores que piden esos golpes no saben lo que piden, puesto que podrian alcanzar lo contrario de lo que desean.

—Sí, continuó Zaragate; pero como está probado que el despotismo hace imposibles las revoluciones, lo mas que podria suceder con un golpe de Estado seria llegar al despotismo que haria impotentes á los revoltosos.

—Te equivocas en eso, tanto como en los pellizcos, Zaragate, repliqué yo; porque todos los extremos son viciosos, y si los gobiernos débiles corren ciertos peligros, los gobiernos despóticos no los corren menores. Buen despotismo hay en la China y en el Japon, y sabido es que esas naciones viven en revolucion permanente. Por lo que hace á otros países, te daré con el texto de la historia en los hocicos, si piensas que, cuando el capricho de un monarca era la suprema ley, no habia mas turbulencias que ahora.

—Sí, continuó Zaragate; pero eso no habrá sucedido allí donde hayan ocurrido golpes de Estado, porque con esos golpes debe acabar la anarquía.

—Volviste á equivocarte, como cuando pellizcas, contesté yo, porque como un golpe de Estado es la brusca anulacion de las leyes por el mismo que estaba encargado de hacerlas obedecer, pueden esos golpes mirarse como lecciones de anarquía, por aquello de: si el abad juega á los naipes, ¿qué harán los frailes? Y si no, mira lo que sucedió en Roma, poderosa nacion que bajo diversas instituciones fué siempre erigiendo, hasta ser la señora del mundo. César se empeñó en que aquella nacion tan poderosa muriese deshonrada, y logró lo que apetecia, pues, gracias al *cesarismo*, los jefes del Estado eran elegidos y asesinados por las guardias pretorianas ó por las legiones, desorden con que el pueblo que habia conquistado á los demás, se vió, andando el tiempo, sometido á las irrupciones de bárbaros que se lo repartieron fácilmente.

—Sí, prosiguió Zaragate; pero hay quien dice que en Francia prueban muy bien los golpes de Estado, y que si se diera uno bueno, terminarian las agitaciones producidas por Rochefort y otros demagogos.

—Sobre ese particular, observé yo, se habla mucho y se discurre poco. Yo no apruebo la actitud violenta que ha tomado el tal Rochefort, quien, á causa de la misma pasion que le domina, creo que ha perdido mucho como escritor festivo; porque, en efecto, durante largo tiempo ha estado el tal

ciudadano á la cabeza de los hombres de chispa de aquel país, y es cuanto puedo decirte, sabiendo que en Francia abundan prodigiosamente los hombres de chispa; pero me parece que si el poder va siendo allí demasiado débil, es por haber sido demasiado fuerte á consecuencia del golpe de Estado de 1851. En efecto, un poder menos absoluto, no hubiera hecho la campaña de Méjico, ni entrado en otras empresas que han aumentado la deuda nacional en dos mil millones de francos de renta anual, amigo Zaragate. Por haber podido hacer antes esas cosas el gobierno ha creado esa oposicion que hoy se presenta feroz y amenazante; de modo que puede considerarse á Rochefort y á sus amigos como creaciones inesperadas, como productos lógicos, aunque no previstos, del célebre golpe de Estado.

—Sí, añadió Zaragate; pero aunque así sea, yo estoy por los golpes de Estado, porque me precio de conservador.

—Pues porque me precio de conservador tambien, dije yo, no quiero ni oír hablar de motines, y para mí, un golpe de Estado es el peor de los motines, puesto que es el motin del que emplea en su provecho particular los recursos que la nacion habia puesto en sus manos para la defensa de su territorio y de sus leyes.

—Sí, replicó Zaragate; pero yo me seguiré pellizcando, para lograr mi deseo, porque, cuando tengo un capricho, no lo abandono.

Y al decir esto, el maldito Ibrahim, volvió á equivocarse.... es decir, que tomando por suya una de mis pantorrillas, me dió un pellizco tan horroroso, que me hizo poner el grito en el cielo.

Escusado será decir que yo tomé la revancha; pero el mejor modo de tomarla creo que será no volver á disputar con quien tiene la cabeza bastante dura para remedar á los carlistas que hoy andan promoviendo la guerra civil en la Península, los cuales, está visto que ni aprenden, ni se arrepienten, ni se enmiendan.

EL MORO MUZA.

EL PROCESO DE TROPPMANN.

(CONTINUACION.)

EL PRESIDENTE.—Sí, uno de los relojes era de plata. ¿Era el de Gustavo?—EL ACUSADO.—Me lo dió uno de mis cómplices.

EL PRESIDENTE.—En fin, érais portador de 200 francos en dinero, y solo algunos araños teniais en el cuerpo. Fuisteis trasladado á París y llevado á la Morgue, donde, sin emocion alguna, reconocisteis á vuestras víctimas.

El acusado no contesta.

EL PRESIDENTE.—En resumen; vos queriais haceros rico á todo trance; poseído de esa sed de oro, envenenasteis á Juan Kinck, pero no pudisteis cobrar los 5,500 francos que codiciabais. Llega Gustavo Kinck, y teniais que desembarazaros de ese jóven. En cuanto á la madre, era preciso hacerla venir á París con todos sus papeles y matarla. Eso es lo que habeis verificado, y hé ahí el encadenamiento de los hechos. ¿Persistís en lo que habeis dicho? ¿No teneis nada nuevo que declarar?—EL ACUSADO.—No, señor.

EL PRESIDENTE.—Ha concluido vuestro interrogatorio; y ahora vamos á oír á los testigos.

Francisco Coriot, comisario de policia de Roubaix, da un informe favorable á la familia Kinck, diciendo que esa honrada familia vivia en paz, aunque, habiendo el marido tratado de establecer una fundicion en Alsacia, la mujer no aprobaba la idea. Hace constar que dicha familia poseia tres relojes, que

la señora de Kinck sacó de Roubaix 400 francos y Gustavo unos 120, siendo ya sabido lo que Juan Kinck llevaba consigo cuando fué envenenado.

Varios otros testigos declaran que Troppmann fué siempre discolorado y que manifestó con frecuencia el deseo de llegar á adquirir fortuna sin reparar en los medios. El acusado insulta á varios de los que le perjudican con sus declaraciones. Entre estos testigos hay uno que merece especial mención. Es la señora Kinck, hermana del jefe de la familia exterminada, y esa señora, cuando le llega su vez, produce una gran emoción en el auditorio con estas sencillas palabras: «Yo no sé mas que una cosa; esta es que, cuando esperábamos á Kinck, solo hemos visto llegar su cadáver.»

Siguen otros declarando lo que saben, respecto á las operaciones químicas á que se entregaba Troppmann, quien dicho sea de paso tenía grande afición á las novelas patibularias, y llega su turno á M. Gros, empleado de Correos en Guelwiller, el cual dice: «En 31 de Agosto se presentó en mi oficina un individuo reclamando tres cartas con valores; viendo la importancia de la suma, exigí la identidad de la persona que la reclamaba. Esa persona me dijo primero que era Juan Kinck, y después que era Gustavo Kinck, en vista de lo cual, pedí un certificado. Dos días después fué con lo que yo le pedía, pero faltaba una formalidad en el papel y era la legalización de la firma. Continué refusingo la entrega de las cartas y entonces el individuo me dijo: «Está bien, yo volveré con mi padre.» Quince días después, Gustavo Kinck se presentó con un certificado, que aun estaba incompleto, y preguntándole yo quién era el sujeto que ántes se habia presentado, me contestó que un amigo de su padre.

EL PRESIDENTE.—No podemos menos de elogiar la prudencia con que habeis obrado, no prestando fé á documentos que carecian de los requisitos legales.

Con esto terminó la audiencia de aquel día.

La del 29 de Diciembre empezó por la declaración que prestó Gustavo Adolfo Huck, diciendo que, el domingo siguiente al descubrimiento de los cadáveres de la familia Kinck, retirándose del campo de Langlois hacía su casa, sintió hundirse uno de sus pies en la tierra, y aperebió un cadáver, que era el de Gustavo Kinck. Ese cadáver tenía en el cuello, enteramente desgarrado, un largo cuchillo, y el foso donde estaba enterrado solo distaba veinte y cinco ó treinta centímetros del otro foso, visto lo cual, corrió á poner el suceso en conocimiento de la justicia.

Siguen varias declaraciones mas ó menos importantes, y llega la de Claudio Bardot, cuyo solo nombre excita la curiosidad de todos los circustantes. Ese Claudio Bardot es el cochero del carruaje 9,108, que condujo á la familia Kinck y al asesino hasta Pantin. El buen hombre hace saber con sencillez conmovedora, que entre la partida de la madre con los dos niños menores y la vuelta de Troppmann, solo hubo veinte minutos de intervalo. Veinte minutos para un triple asesinato! El viento soplabá con violencia extraordinaria en aquella terrible noche, como si la misma naturaleza se hiciera cómplice del crimen!

Mientras el citado cochero refiere los pormenores de lo que ha visto, y ha visto primero á uno de los niños sentado sobre las rodillas del criminal; luego la salida de la madre con los dos niños menores para el lugar del sacrificio; después la de los tres restantes &c., Troppmann afecta una sangre fría repugnante, y hasta parece burlarse de

la impropiedad de lenguaje con que se expresa el testigo.

EL PRESIDENTE.—Cuando volvió Troppmann, ¿qué les dijo?—EL TESTIGO.—Les dijo, bajad niños, pues decididamente nos vamos á quedar aquí.

(Expresion de dolor y de indignacion en el auditorio.)

EL PRESIDENTE (al acusado).—Así, pues, tuvisteis el valor de ir á buscar á vuestras últimas víctimas, y les digisteis: «Bajad, niños, está resuelto que permanezcamos aquí.»..... Eso espanta. Los pobres niños os siguieron llenos de confianza, ignorando que iban á la muerte. ¿Es verdad lo que dice el cochero?—EL ACUSADO, (con voz natural y fijando su atrevida mirada en el presidente).—Es verdad.

EL PRESIDENTE.—Esa calma hace temblar de horror; pero hablad. ¿Qué! ¿no habréis en vos un relámpago de sensibilidad?—EL ACUSADO.—Yo no lo hice.

EL PRESIDENTE.—¿Quién lo hizo, pues?—EL ACUSADO.—Mis cómplices.

EL PRESIDENTE.—¿Dónde estaban?—EL ACUSADO.—En la llanura.

EL PRESIDENTE.—Vos solo tratásteis con el cochero; vos solo le indicásteis el camino que debía seguir; vos solo le pagásteis, y ¡aun hablais de cómplices! Tened al fin un raptó de veracidad.

Continúan varios testigos prestando declaraciones: uno de ellos es un labrador de la Villette llamado Langlois, que, por haber sido el primero que vió los cadáveres, ha dado su nombre al campo donde se hallaban. Otro es Muller, director de la cerveceria Dreher, el primero que, después de Langlois, vió los cadáveres.

—Hubiérase creído, dice Muller, que habian patinado sobre la sepultura. Al lado de ésta se veía un gran reguero de sangre, que se extendía considerablemente. Cuando se abrió el hoyo, el primer cadáver que se presentó fué el del niño mas pequeño. Los otros parecían haber sido arrojados sobre la madre, que se hallaba en el fondo. La niña estaba sobre el refajo de la madre; esta tenía las mangas remangadas, sus refajos, levantados tambien, cubrían la parte alta de su cuerpo, y era fácil comprender que la desgraciada habia sido arrastrada hasta la sepultura.

El auditorio tiembla.

EL PRESIDENTE á Troppmann.—Ya lo oís, ¿qué decis á eso?—EL ACUSADO.—Nada.

EL PRESIDENTE.—¿Ni siquiera os causa emoción ese recuerdo terrible?—EL ACUSADO.—Es preciso que yo me defienda.

Llega su turno á Eugenio Carlos Ferrand, nombre que tiene tambien el privilegio de excitar grandemente la curiosidad del público, porque el que lleva ese nombre es el gendarme que prendió á Troppmann. Ferrand dice:

—En el momento en que yo pasaba por la calle Real, volviendo del Puente de Nuestra Señora, se me dijo que quizá encontraría desertores en aquel barrio. Entré en la taberna y vi dos individuos sentados á una mesa. Uno de ellos me miró; el otro mantuvo baja la cabeza. «Hola, compadre,» le dije, ¿podremos identificar vuestra persona?—Tomad esas dos cartas, me contestó él temblando. Quise conducirlo á casa del Procurador Imperial y me siguió; pero en el camino le pregunté: ¿De dónde sois?—De Roubaix, me dijo.—¿Qué haciais allí?—Era mecánico.—¿De dónde venis ahora?—De Paris.—Si venis de Paris, debeis haber oído hablar del crimen de Pantin.—A estas palabras, hizo un movimiento así, (El testigo imita al hombre que se atraganta.) Lo que me hizo tomar al acusado por uno de los cómplices del crimen. Yo

no le perdía de vista; pero en un sitio, cuyo pasaje estaba embarazado por dos carruajes, Troppmann se dirigió hácia el muelle y se arrojó al agua. Yo preguntaba si habria por allí alguien que supiese nadar. Un hombre se presentó y se lanzó al agua, en tanto que el acusado nadaba entre dos aguas, sin bajar ni subir.

EL PRESIDENTE.—Parece que nadaba bien.—EL TESTIGO.—Sí, señor, muy bien. (El acusado sonrie.) Un momento Troppmann reapareció en la superficie; pero se hundió de nuevo al ver que el calafateador trataba de cogerle. Por fin se le cogió, y se le colocó en el muelle tendido de un lado.

EL PRESIDENTE.—Bien; habeis dado pruebas de perspicaz y vigilante; habeis llenado vuestro deber, y eso lo dice todo. Vuestro papel en este drama es providencial. Sin vos, el acusado habria partido para el Nuevo Mundo, escapándose á la accion de la Justicia. Y en cuanto á vos, Troppmann, ya lo veis: al encontraros con este gendarme, que representa la moderacion en la fuerza, os turbásteis.—EL ACUSADO.—Ni me turbé ni dije nada de lo que habeis oído. Eso es una historia inventada por ese gendarme, que ha mentido.

EL PRESIDENTE.—¿Ha mentado?—EL ACUSADO.—Sí, señor, ¡ha mentado! El no habló de Pantin; todo eso es una fábula: solo me pidió mis papeles, y si yo hubiera querido escaparme, lo hubiera conseguido.

EL PRESIDENTE.—¿Qué decis vos, Ferrand?—EL ACUSADO.—Sí, señor, ha mentado en todo.

El abogado defensor, M. Lachaud: El gendarme halló á Troppmann en compañía de un individuo.

El gendarme Ferrand.—Sí; pero ese individuo era el corredor del hotel de Nueva-York. Nosotros solemos ir á todos los hoteles y posadas, cuyos empleados conocemos.

Troppmann, levantándose.—Era un cómplice que fué á buscarme al Havre. (Murmillos de incredulidad.)

EL PRESIDENTE.—¿Era un cómplice?—EL ACUSADO.—Sí, señor; ¡un cómplice! (Nuevos murmullos.)

El presidente, reclamando el silencio, dá lectura de la declaración del Sr. Bodson, corredor del hotel indicado, y de quien Troppmann habia hecho casi un confidente. Hé aquí la sustancia de esa declaración.

Bodson vió á Troppmann que miraba á los buques y le preguntó si queria ir á bordo de alguno de ellos, á lo que el interrogado contestó en voz baja. «¡Malhaya el que mal me quiere; yo soy un malvado.» Bodson continuó hablando y el jóven le hizo saber que pensaba ir á Nueva Orleans, aunque aun no tenía el billete del pasaje. Mientras luego almorzaban los dos, hablaron de novelas, y Troppmann manifestó alguna predileccion por las de Eugenio Sue, en particular *El Judío Errante*. Después del almuerzo fueron al despacho de los buques de inmigrantes, donde Troppmann dijo que aun no podía partir, por tener que esperar á un hermano suyo. Luego, en el pasco, habló de su profesion [de mecánico, de que tenía un tio rico en América, en cuya compañía contaba vivir sin trabajar; de que estaba desengañado de las mujeres y mil otras sandeces, para venir á parar en la idea fija de hacerse millonario. En fin, habló de venenos activos.

Troppmann.—Decididamente, es inútil que yo me defienda ante ese sistema de mentiras é imposturas que me persigue. Me parece que un loco no hubiera dicho á nadie lo que en ese papel se me atribuye.

(Continuara.)



JORDAN.—¿Y esto es lo que me deja Quesada?

—Si Señor; y además su espada para que la esgrima V. con tanta gloria como él.



Aprended, flores de mí,
lo que va de ayer á hoy :
yo de Nueva York me juí,
y por no estar donde estoy,
daria lo que me produjo la última expedicion.



LA ENTREVISTA DE QUESADA Y MORALES LEMUS.

MORALES.—V. por aquí, generalísimo!

QUESADA.—Todo se ha perdido, incluso el honor.

MORALES.—Y ese saco?

QUESADA.—Son los corretages, que he ganado en la manigua.

MORALES.—Muchos deben ser, porque siempre se ha dicho que era V. un excelente corredor.

UN BUEYAVENTURADO.

Mucho se ha discutido, lectores, sobre eso que se llama felicidad en este mundo, y aun en el otro; lo cual quiere decir que debe haberse disparatado en grande, por aquello de que, los que mucho hablan, mucho yerran.

Los estoicos hicieron consistir la felicidad en la virtud, exagerando este principio mas que el sábio Bías y que el paciente Job; porque el primero, al decir *Omnia mea mecum porto*, cuando nada llevaba consigo, y el segundo, exclamando al ver la pérdida de sus bienes: *Deus dedit, Deus abstulit, sit nomen domini benedictum!* solo nos dan la idea de la resignación, mientras que, según los discípulos de Epicteto, hasta el dolor es una dicha para el hombre que merece el aprecio de los demás y que tiene la conciencia... como yo deseo ver la isla de Cuba, esto es, completamente tranquila.

Los epicúreos, al contrario, hicieron consistir la ventura en el placer; tanto, que estos antiguos *libertadores*, pues así podemos llamarlos, dada la significación que ha llegado á tener esa palabra entre nosotros, en disfrutando buena salud, el poder suficiente para hacer de las suyas, y los recursos necesarios para proporcionarse *suripantas* y bebidas espirituosas, ya se consideraban tan felices como si tuvieran tres pares de narices.

Naturalmente, dos tan encontradas escuelas, que no parecía si no que la una estaba en Guanabacoa y la otra en el Cerro, disputaron calurosamente durante largo tiempo, sin que el mismo Séneca resolviese la cuestión en su famoso libro *De vita beata*; pero difundióse la doctrina cristiana, según la cual, no hay verdadera dicha en esta vida, y la cuestión quedó resuelta.

Es decir, quedó resuelta respecto á esta vida, y aun no del todo, porque todavía hubo, no solo profanos que se tuviesen por dichosos cuando abandonaban las tareas de la ciudad para irse á gozar en el campo los encantos de la naturaleza, diciendo como Horacio: *Beatus ille qui procul negotiis*, etc., sino que algunos de los iniciados en la nueva doctrina, se tuvieron por dichosos en este mundo, con solo ser pobres de espíritu, y hasta el mismo San Agustín, cuyo entusiasmo ardiente se reveló en declaraciones tan atrevidas como aquella de *Credo quia absurdum*, llegó á decir, pintando la dicha de Adán, al incurrir en el pecado original: *O felix culpa, quæ talem ac tantum meruit habere redemptorem*, («Venturosa falta que tal redentor ha merecido!»)

En cuanto á la otra vida, la cuestión quedó en pie hasta las decisiones de los Concilios, segundo general de Lyon, año de 1274, sesión 4ª y el de Florencia en 1439, decisiones que confirmó el Tridentino en el decreto de la sesión 25ª sobre la invocación de los Santos.

Sí, lectores, porque antes de las citadas decisiones, hubo hasta Santos Padres que creyeran que los mismos Santos tendrían que esperar á la terminación del juicio universal para conocer la verdadera gloria, opinión sostenida luego con rara tenacidad por aquel francés de Cáceres que se nombró Vigilancio, el cual, á juzgarle por su nombre, debía valer un Potosí para sereno.

Entre paréntesis, les habrá chocado á ustedes que yo llame francés á un hijo de Cáceres, porque dirán y dirán bien: si era extremeño, ¿cómo había de ser francés? Pero eso se explica diciendo que yo he cometido un error de ortografía, muy natural aquí, donde algunos han querido dar el mismo sonido á la *e* y á la *z* que á la *s*. No fué, señores,

en Cáceres, ciudad de la Estremadura española, donde nació Vigilancio, sino en Cazéres, pueblo del Alto Garona, en Francia, y vean ustedes ahora si tengo razón en llamar francés de Cazéres al mencionado herejiarca.

Yo me guardaré mucho de invadir el terreno teológico, para negar lo que está recibido como cierto, así en lo que concierne á esta vida como en lo que se refiere á la otra, porque semejantes empresas no son propias de los moros que andan en tierra de cristianos; pero, sí, aseguro lectores, que hay hombres que se tienen por felices en este mundo, aunque no esté probado que lo sean, y el mas dichoso de esos hombres, á mi modo de ver, es aquel *mambí* que escribió al que fué marqués de Santa Lucía una carta, en que le preguntaba, con la mejor buena fe innegable, si era verdad que el conde de Valmaseda había pedido al gobierno de la manigua un salvo-conducto para poder salir de la isla de Cuba.

Sí, lectores; lo he dicho y no me vuelvo atrás: ó no se concibe un hombre verdaderamente dichoso en esta vida, ó ese lo es el autor de la referida carta. Digo mas, señores, creo que, aunque estuviese formalmente prohibida la felicidad en este mundo, sería feliz ese hombre, que parece haberse empeñado en serlo á todo trance, no queriendo saber lo que pasa, y mereciendo que, por lo tanto, se le aplique la regla del rey poeta, Felipe IV, que dice:

«No averigüe su mal, viva engañado,
Que es feliz quien, no siendo venturoso,
Nunca llega á saber que es desdichado.»

¿Qué feliz es ese hombre! Y el caso es que ha venido á destruir todo lo que M. Montalembert dijo en la Academia Francesa en elogio de M. Javier Droz, á quien atribuyó un gran mérito por haber escrito el *Arte de ser feliz*, como si para ser feliz necesitasen apelar al arte los que, como el *mambí* que se cartea con el que fué marqués de Santa Lucía, llegan á la felicidad suprema por el camino de la ignorancia.

¿Qué arte ni qué cuerno se necesita para dar por realizado lo que se desea, cerrando los ojos para no ver, y tapándose los oídos para no oír nada de lo que pasa ó de lo que puede ser desagradable? Droz escribió una obra completamente inútil, á lo ménos para los *mambises*, y Montalembert andaba precipitado en su panegírico del *Arte de ser feliz*, siquiera en el concepto de los indicados habitantes de la manigua.

Porque miren ustedes que eso de solicitar el conde de Valmaseda un salvo-conducto para irse de Cuba, es una de las cosas que no tienen precio. Vale tanto, que ha hecho, cuando ménos, la felicidad de dos personas; una la que lo creyó posible, y otra yo, que no he dejado de reír desde que leí tan estupenda majadería.

En efecto, el conde de Valmaseda, que tiene á sus órdenes un ejército compuesto de soldados españoles, y con decir españoles dicho está que pueden competir con los primeros del mundo; que sirve al gobierno español, el cual no solamente domina toda la Isla, por contar con la lealtad de la gran mayoría de sus habitantes y por la fuerza incontrastable de sus armas, sino que posee una marina de guerra de primer orden, tanto que un escritor norteamericano acaba de reconocer que esa marina es superior á las de todas las potencias actuales, con las excepciones de Inglaterra y Francia; el conde de Valmaseda, digo, en las condiciones en que se halla, estará, seguramente, tomando sus medidas, en combinación con los demás generales y jefes de todo nuestro ejército, para impedir la evasión de uno solo

de los traidores que han levantado en esta tierra la bandera de la estrella solitaria, y que se encuentran acorralados en las maniguas; porque esos miserables que no tienen á su disposición un solo puerto, ni un solo barco, ni valor para batirse, ni mas carácter, en fin, que el de fugitivos bandoleros, deben renunciar á toda esperanza de escapatoria, y por consecuencia, suponer que dicho conde ha podido pedir salvo-conducto á los que andan escapados, para escaparse él de una tierra que nadie le disputa seriamente, es una fanfarronada por el estilo de la del portugués que le decía á un castellano: «sácame de este pozo y te concedo la vida.»

¿Qué digo? Hay mucha mas gracia en la fanfarronada de los pobres *mambises* que en la del fisco lusitano; porque, en primer lugar, sabemos que los lusitanos son tan hombres como cualquiera y que los *mambises* no son hombres, y en lugar segundo, lo del portugués del pozo tiene todas las trazas de ser cuento, mientras que lo del *mambí* del salvo-conducto es un hecho positivo y probado en la correspondencia del que fué marqués de Sta. Lucía.

Y bien, ¿puede negarse la dicha, siquiera sea temporal, en un mundo donde tales cosas ocurren? Yo repito que me ha hecho feliz por algun tiempo la carta del *mambí*, referente al salvo-conducto solicitado por el conde de Valmaseda para poder salir de la Isla de Cuba; porque feliz es el hombre que no tiene penas ó que las olvida, y yo no tengo penas ó las he olvidado por ahora, puesto que no he dejado de reír desde que supe lo del salvo-conducto. Creo que muchos de mis amigos, los buenos españoles, serán hoy tan felices como yo, por la misma causa que ha labrado mi dicha presente, y de esto deduzco, sin temor de que mi opinión sea calificada de herejía, que puede conocerse la felicidad en este mundo, aunque solo sea por intervalos.

Pero, lo confieso, por dichosos que seamos los que nos reímos de una baladronada superlativamente chusca, nunca lo seremos tanto como el pobre *mambí*, que de buena fe tragó la píldora de esa descomunal baladronada; porque ese mentecato tiene, con seguridad, mas ilusiones él solo que el resto de los mortales, y demostrado está que los seres mas dichosos de la tierra son los que tienen mas ilusiones.

Ese *mambí* verá la tierra cubana purificada de compañeros suyos; verá á Céspedes y sus titulados ministros y generales fusilados; se verá él mismo en capilla, y aun se figurará que la insurrección está triunfante, que Céspedes y sus cómplices son los que han fusilado á los generales españoles, y que él mismo se halla desempeñando un importante puesto en su quimérica república cubanaca. Por consiguiente, cuando á un hombre así le llegue la última hora, no habrá podido llegarle la del desengaño, y cometerá una torpeza el que negase que ese hombre puede ser mucho mas feliz mientras le quede un soplo de vida, que lo eran D. Miguel de Aldama cuando disponía de las grandes riquezas que no había ganado, Morales Lémus, cuando recogía el fruto de sus trapisondas y Dª Emilia C. de Villaverde cuando, para divertirse, mandaba dar un centenar de azotes á sus esclavos, ó á sus esclavas.

Solo que la felicidad del expresado *mambí* es tan propia de un cuadrúpedo, que yo no me atrevo á llamar bienaventurado al que la goza, y por eso he decidido nombrarle *buey-aventurado*. ¿Tengo razón para ello?—Muchas voces: ¡Sí! ¡sí! ¡sí!

EL MORO MUZA.

EL HOMBRE DE CIERTA EDAD.

LETRILLA.

Hay un tiempo circunscrito
Dentro cierta cifra ignota,
Que forma un tipo, que flota
De cuarenta á lo infinito:
Entra el hombre en cierto estado
Que no es carne, ni pescado;
Ni hay en contabilidad
Cifra que lo fije á punto:
Es un total, un conjunto,
Un hombre de cierta edad.

Esa edad indefinida,
Que sin ser mala, ni buena,
Tiene un tinte que envenena
Todo el placer de la vida,
Aunque se encuentre en la boca
Yo no sé si es mucha ó poca:
Sé que cualquiera beidad
Está cubierta de oprobio,
Solo con tener por novio
A un hombre de cierta edad.

En esa edad malhadada,
Para esconder su bautismo,
Se engaña el hombre á sí mismo
Revocando su feclada:
Y al dejar su toilette hecha,
Es una carta sin fecha:
Y entonces la humanidad
Quiere definirle en vano.
Fulano..... ¿quién es fulano?
Un hombre de cierta edad.

No hay mujer de buen instinto
Que le quiera, ni pintado,
Como que estoy enterado,
Por eso yo no me pinto:
Y aunque quiere cierta ardilla
Darle tinte á mi perilla,
Por mas que su habilidad
Tienda á hacerme sucumbir,
No me dejó convertir
En hombre de cierta edad.

Aunque el remozar de pronto
Siempre halaga nuestro instinto,
Generalmente, de *tinto*,
Se suele pasar á *tonto*:
Si no le gusta mi cáscara
¿Le gustará mas de máscara?
No me dará á mí, en verdad,
Para no parecer viejo,
Las bromas que da el espejo
A un hombre de cierta edad.

Supongamos á ese tal
Junto al adorado objeto,
Donde tal vez el respeto
Le hace parecer glacial:
¿Os figuráis que la dama
De mas limpio honor y fama,
Aprecia esa cualidad?
Nada de eso: exclama airada,
¿Que alma tiene tan gastada
El hombre de cierta edad!

Figuráos, vuelta la hoja,
Que ese hombre que no se asusta,
Cuando la mujer le gusta,
Avanza un poco y se arroja:
Entonces, ¿Dios de clemencia!
¿Que atrevida inconciencia!
Es tal la barbaridad
Que le dijo á esta mujer,
Que no se puede creer
De un hombre de cierta edad.

Llega á un baile, y al entrar,
La dueña en voz muy bajita
Le encarga que fulanita
No se quede sin bailar:
Y en efecto, su tarea
Es bailar con la mas fea
Y en premio, la sociedad
Le muerde á son de trompetas,
Al ver haciendo piruetas
A un hombre de cierta edad.

En cambio, la taumaturga
Que se enteró de la broma,
Baila con él, y lo toma
Como quien toma una purga:
Solo él está satisfecho
De lo muy bien que lo ha hecho:
¡Miserable humanidad!
Con tanto pineel y maña,
¿A quién, mas que á él mismo, engaña
El hombre de cierta edad?

Nunca encuentra la pintura
Que debió poner en juego;
La juventud tiene fuego,
La vejez tiene ternura:
Con las lanas del arañño
Sabe hacer nido el cariño:
Y en la misma ancianidad
Lanza el alma conmovida
Ecos, que no dá en su vida
El hombre de cierta edad.

Cónste, pues, ante el alcalde,
Consignado con protesta,
Que esa cierta edad que apesta
No la quiero ni de balde:
Y que yo en ella no ingreso,
Aunque me la den con queso:
Con mi franca dignidad,
A viejo avanzando voy,
Y quiero ser lo que soy.
Y quiero tener mi edad.

F. CAMPRDON.

EL GAS.

ARTÍCULO OSCURO.

El sol estaba tan orgulloso que no se le podía resistir.

Y verdaderamente, tenía razon fundada para estarlo: la única luz de que el mundo disfrutaba, era la suya.

Cuando al morir la tarde abandonaba nuestro hemisferio, para alumbrar otro, esta parte del mundo se veía rodeada por las tinieblas, y los humanos quedaban aquí expuestos á romperse las narices.

Solo la luna disipaba algunas noches la impenetrable oscuridad, y eso, gracias á la amabilidad del sol, que le prestaba el resplandor de sus rayos.

El sol, pues, como al principio dije, estaba insoportablemente orgulloso.

Pero no contaba con la huésped, y esta fué para él una piedra que, al chocar con otra, produjo una chispa.

La humanidad descubrió esto, y frotando los pedernales, aplicando á ellos al mismo tiempo un efecto combustible, logró que este ardiera y tuvo luz.

Pero los combustibles eran de tan escasa fuerza, que su luz tenía apenas la duracion de la producida por un relámpago.

Por eso el sol, que tuvo noticia de aquel descubrimiento, no perdió nada de su orgullo.

Pero los humanos concibieron una idea verdaderamente luminosa: la de extraer su grasa á los animales y unirla á los combustibles, para que les prestase fuerza, logrando de este modo alumbrarse durante todo el tiempo que estaba ausente el sol.

Este, sin embargo, continuó envanecido, al ver la debilidad de aquellas luces que morian como avergonzadas en cuanto él asomaba por Oriente.

Pero tuvo lugar un nuevo descubrimiento: no sé quién extrajo el jugo de la aceituna, empapada en el cual, una mecha daba una luz mas intensa y clara que todas las conocidas hasta entonces.

El sol, no obstante, siguió alimentado por el orgullo, hasta que, al fin, despues de muchos siglos de absoluto reinado, encontró un rival poderoso: El Gas.

Entonces al orgullo sucedió la envidia. Los aplausos dados por la humanidad á la nueva luz, hacian daño al sol. El gas se generalizó y aquel que alumbraba enorgullecido y verdaderamente hermoso á esta tierra, sintió mas deseos de vencer á un rival tan poderoso, que, segun habian contado al rey de los astros, durante su ausencia hacia que los humanos se olvidasen completamente de él.

El sol se puso mas iracundo que nunca, cuando vió al Gas en varias capitales, donde le hicieron el merecido recibimiento.

Pero Febo no carecia de ingenio para ven-

cer á su antagonista, y se propuso aguzarlo, con tal de conseguir aquel propósito.

Por fin halló la idea que, segun malas lenguas, fué la de pedir una audiencia secreta á las Compañías de alumbrado, con las cuales tuvo largas entrevistas.

Y no sé qué les prometeria, para cuando llegase á conseguir su objeto, que las tales Compañías ó empresas, desde entonces dejaron al Gas sin duda en manos de algun parcial de Febo, que le llegó á poner en el estado en que ustedes le ven todas las noches.

Si el sol no ha dado ya á las citadas Empresas ó Compañías lo que les prometió, para cuando el Gas no pudiera competir ni con las primitivas luces de grasa de animal, digo que el sol es en extremo desagrado.

BOABDIL EL CHICO.

EXAMEN DE DOCTRINA

DE UN CHIATERO.

—Vamos, ven acá, muchacho,
Pues hay de doctrina examen,
Y el decálogo recita,
Si es que el decálogo sabes.

—El primero es tener odio.....
—¡Muchacho! ¿Qué disparate!
¿De dónde, di, esa doctrina
Tan inhumana sacaste?

—¿Esa es doctrina inhumana?
Pues mire usted, años hace
Que la aprendí en un famoso
Colegio de Humanidades.

—Amar á Dios es lo cierto,
Y esto entendido, al instante,
Di el mandamiento segundo,
Si de él puedes acordarte.

—El segundo nos ordena
Dos juramentos formales
Hacer, de Dios en el nombre,
Uno en vano.....y otro en balde.

—No jures tampoco, niño,
Nunca, por Dios ni por nadie,
Y di, tu examen siguiendo,
Lo que del tercero alcances.

—Pues el tercero.....nos manda
Santificar, con alarde,
Los crímenes mas horrendos,
Si cuadran á nuestros planes.

—¡Calla, muchacho! ¡No digas
Pecados tan capitales,
Que á nuestra especie avergüenzan
Y á mí el corazon me parten!

Las fiestas se santifican;
Porque las iniquidades.....
Solo pueden celebrarlas,
En sus costumbres salvajes,

Los despreciables mambises
Y los torpes laborantes,
O bien, para que me entiendas,
Los caribes y los cafres:

Y di el mandamiento cuarto,
Mientras yo, que de escucharte
Absorto estoy, pido al cielo
Que la calma no me falte.

—Pues bien: deshonrar el cuarto
Manda al padre, y á la madre,
Y á su patria, y á su especie,
Y á todo lo deshonorable.

—¡Calla, y lo contrario estudia!
Porque aquel que deshonrare
A su raza, ó á su pueblo,
O á su madre, ó á su padre;

Llegará, donde es sabido
Que no llegó la barbarie,
Y aunque dinero atesore,
Siempre será un miserable.

¿Quién te dijo lo contrario?
¿Quién así pudo educarte?
¿Dónde aprendiste esas cosas
Tan inhumanas, compadre?

—¿Inhumanas os parecen?
Pues bien, repito lo de antes:
Las aprendí en un famoso
Colegio de Humanidades.

—Di, ¿cuál es el quinto?—El quinto
Matar, matar con puñales
Al prójimo, ó con pistolas;
Juntándose para darle.....

Muchos en negra emboscada,
Porque haya segura sangre,
Aunque el medio se apellide,
Bajo, traidor y cobarde.

—¿Válgame Dios! ¡Imposible
Me parece ese lenguaje,
Aunque los frutos conozco
De predicciones tales!

¿No ves que eso es inhumano?
—¿Inhumano? ¡Pues me place!
¡Si lo aprendí en un famoso
Colegio de Humanidades!

—Pues digo que ese Colegio
Que tomé, para burlarse
De «Humanidades» el nombre,
Lo fué de «Inhumanidades.»

No mates, no, si la vida
Quieres ver libre de azares,
Que es justo que á hierro mueran,
Aquellos que á hierro maten.

Y sigue tu examen, chico.
—El sexto..... —Sigue adelante,
Que aquí temo que me espetes
Muy gordas barbaridades.

—El séptimo, hurtar.—¡Muchacho!
—Sí, señor, hurtar en grande;
Es decir, tomar lo ajeno,
Sin consultar voluntades;

Y levantar, el octavo,
Manda calumnias mortales,
Echando á rodar mas bolas
Que hay en todos los billares.

Y el noveno..... ¡Calla! ¡Calla!
—Pues yo no quiero callarme,
Y si hablar esto me vedan,
Fácil será que lo cante.

—¿Sí? Pues ¡toma!, mal criado,
Un puntapié retumbante,
Para que cantando vayas
Con la música á otra parte.

.....
¿Y qué? ¿Calló el *criatura*?
No lo sé; pero ya es tarde
Para que olvide las cosas
Inhumanas y bestiales.

Que á los mismos que dinero
Llevaron por educarle,
Dice que oyó en un nombrado
Colegio de Humanidades.

EL MORO MUZA.

Los accionistas de la Compañía de Caminos de Hierro de la Habana celebraron junta general el 20 del corriente en casa del Sr. Presidente de la misma, y allí se leyó un informe de la nueva Administración nombrada por el Excmo. é Ilmo. Sr. Gobernador Superior Político.

De ese informe, que fué oído con inmensa satisfacción, resulta 1º que en cinco meses han tenido los ingresos un aumento de un 60 por ciento, quedando un producto de mas de cuarenta mil pesos mensuales, con el cual se ha pagado ya un dividendo de 4 por ciento á los accionistas y se prepara otro para breve plazo; 2º que ya espera la resolución de la Intendencia el luminoso informe con la liquidación correspondiente, del Contador de la Compañía Sr. D. Juan Bautista Cantero, sobre los derechos de aduanas devengados por introducción de material para

la vía férrea desde 1858; 3º que, á pesar del mal estado del material existente, el servicio se hace con regularidad y, en fin, que organizada la administración sobre muy sólidas bases, cada día serán mas palpables las ventajas del nuevo sistema.

Aprobado por unanimidad y sin objeción alguna el informe, se pidió por un socio el nombramiento de la nueva Junta Directiva y de la nueva Administración, por ser interinas las que venían funcionando, y fueron elegidos por unanimidad tambien los Sres. siguientes: Presidente, D. Pedro Montalvo; vocales, el Excmo. Sr. D. José María Morales y D. Francisco Orta; suplentes, D. Ramón Pagés, D. Juan Alvarez Baldomero y D. Cayetano Montoro; Administrador general, el Excmo. Sr. D. Rafael Clavijo; Contador general, D. Juan Bautista Cantero, y Secretario, D. Pedro Gonzalez Llorente.

Es decir que los accionistas han elegido para la Administración de sus intereses á las mismas personas que habían merecido la confianza de nuestra primera Autoridad, viniendo á hacer así patente lo acertado de la medida dictada en 17 de Agosto de 1869, medida que, como todas las que emanan del Excmo. Sr. D. Antonio Caballero de Rodas, ha redundado en bien de los intereses de todos.

MISCELANEA.

Ya sabemos, por uno de los papeles cogidos al que fué marqués de Santa Lucía, que Céspedes había dispuesto confiscar los bienes de los leales, ántes que nuestro Gobierno embargase los de los traidores.

Con esto está dicho que los traidores no tendrán razón para quejarse.

Pero hay mas: en el decreto de Céspedes se escribe *voluntario* por *voluntario*, *irremisible* por *irremisible*, *benefolencia* por *benefolencia*, *abitantes* por *habitantes*, y otras cosas por el estilo.

Puede, pues, decirse hoy día,
Del caique de los *neres*
Que proclaman la anarquía,
Que nos confiscó los bienes
Y tambien la ortografía.

Nuestra vigilante Autoridad acaba de dar á luz un documento que hemos leído con grandísimo placer, y es el que se refiere á la muerte de un extranjero en la Habana, el domingo 6 del corriente. Segun el expresado documento, los autores de aquel asesinato pertenecen al número de los enemigos que toman el antifaz de los amigos. Así lo creímos siempre nosotros, porque no se concibe que un buen español cometa desmanes de ningún género, y particularmente de aquellos que pudieran traer conflictos internacionales: pero celebramos que haya pruebas para hacer una declaración oficial de lo que siempre tuvimos por cierto.

Ojo avizor, voluntarios españoles; ya sabemos que hay quien pretende desacreditarnos, y por eso mismo debemos seguir haciendo cada vez mas noble ostentación de nuestro amor al principio de autoridad y de nuestro respeto á las leyes.

Así los desventurados
Que armar pretenden jarana.
Es claro, vienen por lana
Y volverán trasquilados.

Spain, Cuba, and the United States. Recognition and the Monroe doctrine, by Americus.

Tal es el título de un folleto que se ha publicado últimamente en Nueva-York, y que

merece ser conocido. En ese folleto se trata la cuestión de si los Estados Unidos deben ó no reconocer la independencia de Cuba ó la beligerancia de los insurrectos, resolviendo esa cuestión negativamente, de tal manera que hasta de la famosa doctrina de Monroe saca partido el ilustrado autor de dicho folleto para combatir con energía á los simpatizadores de esa bacanal de incendiarios, ladrones y asesinos que se ha pretendido hacer pasar por revolución política. EL MORO MUZA hablará mas detenidamente del importante folleto indicado.

—=—

LA PROPAGANDA POLÍTICA.—Este título que sin saber por qué, nos huele á *estafa*, corresponde á una publicación que inauguran los *laborantes* de Nueva Orleans.

En esa publicación se hace un llamamiento á los cubanos que quieran trabajar por la independencia de este país, siguiendo distinto rumbo que el que han tomado los Céspedes y Aldamas. Es decir, se aconseja la moderación, y por lo tanto, se condena cuanto hasta hoy han sugerido las pasiones salvajes á los autores y ejecutores de la guerra de fuego y exterminio.

¿Quiere decir eso que hay anti-españoles dotados de generosos sentimientos? No. Eso quiere decir que los *laborantes*, viendo lo mal que les ha probado el echarla por la tremenda, piensan apelar á la dulzura, para ver si con ella son mas afortunados, y yo digo á esos pobres *laborantes*:

Acabo de conoceros;
Dejais atrás á los lobos,
Cuando pretendéis haceros
Lobos con piel de *corderos*,
Sin ser *corderos* ni lobos.
Dejad pues, la piel fatal
Que os vale tanto desden:
Porque esa piel, voto á tal,
Si á un *lobo* le viene bien,
A un *burro* le viene mal.

—=—

Ya sabeis, lectores, que el batallón 1º de Ligeros, bajo el patrocinio de nuestras Autoridades, dará mañana por la tarde una corrida de toros en el redondel de Belascoain, á beneficio de los hijos de Castañon. ¡A Belascoain, muchachos! ¡A Belascoain! Mirad que la función es buena y tiene un objeto santo: mirad que las personas que han dispuesto esa función y las que la patrocinan merecen nuestro mayor aprecio,

Y puesto que yo os lo digo,
Muy justo será que al fin,
Repitais todos conmigo:
¡Vamos á Belascoain!

—=—

En cuanto á bailes, habrá uno grande de trajes hoy sábado por la noche en el Hotel de Santa Isabel, plaza de Armas, y dos idem en Tacon, en los dias domingo y martes de Carnaval:

Conque, si aquellos que tienen
Bravas ganas de bailar,
No logran satisfacerlas,
Será porque no querrán.
¡Al baile la buena gente,
Pues nos convida á gozar
El carnaval, que está encima,
Y..... no siempre es Carnaval!